

2

XIV Congreso de filósofos jóvenes

La enseñanza de la filosofía en el Estado Español

(Barcelona, del 3
al 6 de abril 1977)

Del 3 al 6 de abril tuvo lugar en Barcelona el XIV Congreso de filósofos jóvenes, que contó con más de trescientos participantes. El tema a tratar era «La enseñanza de la Filosofía en el Estado español».

La idea reguladora del Congreso era, a juicio de los organizadores, ofrecer un marco adecuado para que las distintas familias filosóficas del país expusieran sus ideas acerca del futuro de la Filosofía y de su enseñanza en nuestro país, así como posibilitar a los interesados —académica o extraacadémicamente— en el tema, expresar sus experiencias, trabajos, alternativas, etc.

El tema a debate —la enseñanza de la Filosofía— ha resultado equívoco en sí o, más bien, problematizado, ya que se cuestionaba en última instancia la Filosofía. Las cuestiones en torno a la transmisión del saber filosófico dieron paso a la polémica acerca de lo que cada cual entendía por tal forma de

saber; con todo lo paradójico que resulta tratar de aclarar cómo enseñar algo acerca de cuya naturaleza no se han puesto de acuerdo los supuestos enseñantes y futuros enseñantes; algo «inenseñable», que diría Savater.

Sí hubo unanimidad, en cambio, al hacer de la pedagogía académica dominante en las instituciones docentes del país blanco de todo tipo de críticas.

La característica principal del Congreso fueron las polémicas entre libertarios y marxistas, hasta tal punto que casi se podría hablar de dos congresos paralelos.

I. Primera sesión. El dilema de los filósofos: «enseñar a pensar» o «transmitir ideologías».

La sesión inicial del Congreso fue la más polémica. Consistió en una mesa redonda

sobre el tema genérico del Congreso: la crítica de los fundamentos pedagógicos de la enseñanza de la Filosofía. La mesa estaba compuesta por Gustavo Bueno, Pep Calsamiglia, Agustín García Calvo, Emilio Lledó, Carlos París y Jacobo Muñoz. El enfrentamiento más patente tuvo como protagonistas a los profesores García Calvo y Bueno.

García Calvo rechazó energicamente la Filosofía como actividad sustantiva, oponiéndose a toda sistematización de la misma. Trató de mostrar el sinsentido que supone el hecho de que haya un discurso filosófico establecido, sistematizado, acabado en sí mismo y lo absurdo que es tratar de enseñarlo. Distingue claramente «filosofar» de «la Filosofía». «Filosofar» es una actividad dinámica e indefinida, que tiene validez en tanto que es producción y no producto acabado. Es un deseo que va siempre «más allá» de todo lo que cultura y sociedad utilizan como pensamiento básico para sustentar «lo establecido». «La actividad filosofante», en cambio, es algo vivo, frente a la «Filosofía necesariamente mortal» en cuanto residuo o producto último de dicha actividad. Hubo malentendidos en torno a esta última cuestión, imputándosele a García Calvo afirmaciones del tipo «muerte de la Filosofía», que no estuvo latente en ninguna parte de su —a pesar de García Calvo— discurso. Este tipo de cosas suceden por el «no saber oír», del que Agustín García Calvo también habló.

Volviendo a la distinción entre «filosofar» y «la Filosofía», García Calvo concibe a «la Filosofía» como un producto pretendidamente logrado, definido y cerrado; una suerte de producto ideológico, manipulable, que sustenta lo que la sociedad y, en definitiva, el Estado sancionan como «pensable» o «vivable». De la misma manera que en vez de pintar se hace arte, «en vez de pensar a ver qué pasa se hace filosofía».

¿Cuál es el papel que juega la

pedagogía en todo esto? La pedagogía tendría la función de domesticar el ámbito de las preguntas, de fijar cauces dentro de los cuales tendrían que moverse las preguntas del discente hasta que dejase de preguntar. Lo fundamental en la transmisión del saber sería anular las dudas, cerrar un universo compacto, sin incertidumbres y sin posibilidad de tenerlas, para convertir al individuo en un ser acrítico, fiel servidor del Estado, de cualquier tipo de estado. Insistió García Calvo en esto, remarcando que tal acriticismo de la pedagogía es inherente a cualquier tipo de transmisión de conocimientos salvo en una situación determinada: la enseñanza de técnicas neutras (leer, escribir o cantar), que en el campo filosófico se traducirían en un «enseñar a pensar», difícil objetivo, ya que, según García Calvo, «la esencia de nuestros centros de enseñanza se basa en lo contrario», es decir, en «pensar tal y como se enseña».

La intervención de García Calvo desató la polémica. Gustavo Bueno rechazó airadamente la distinción entre «enseñar técnicas» y «transmitir saberes», ya que, según él, no pueden diseñarse técnicas de transmisión vacías de ideologías. Frente a la posición de García Calvo con respecto a la filosofía, que calificó de «vieja, inservible y masoquista», Bueno propone una alternativa, a saber: enfocar la filosofía como superación del «subjetivismo»; sólo de esta manera podrá la filosofía ejercer su función crítica y para ello es necesario desplazar del centro de atención al sujeto o «ego» que se hace la pregunta, ya que ese sujeto no es nada y las ideas que se atribuye nacen en la cultura y en la historia y no pueden ser aisladas de este marco de referencia. Así pues, la filosofía, dentro de la concepción marxista de Gustavo Bueno, debe cooperar en la transformación de la sociedad; ¿cómo? Haciendo compresión

de la realidad, esto es: elaborando el utillaje que permita comprender la naturaleza dinámica del mundo y de la comunidad humana. No es función de la filosofía, como tal, elaborar proyectos sociales, sino hacer posible la comprensión de la realidad a la que dichos proyectos sociales habrán de aplicarse.

La intervención de Carlos París fue, en cierto sentido, conciliadora, en la medida en que, al lado de la vertiente crítica y mutiladora de la pedagogía, reconoce un aspecto positivo en la transmisión de saberes: el hecho de que pone al hombre en contacto con las fuerzas de la cultura, le confiere autonomía y le permite contestar dichos contenidos manipuladores. El aspecto positivo de la Filosofía serían estas inclinaciones inconformistas. Lo que no abordó Carlos París es la posibilidad de que dichas alternativas de contestación estén ya previstas en los propios mecanismos manipuladores del Poder. En la misma línea que París, afirmaría Lledó de la Filosofía que «es el único saber que continuamente cuestiona su propio objeto». En cualquier caso, según París, hay temas absolutamente necesitados del análisis filosófico, tales como la estructura de la realidad o las relaciones entre Filosofía y Ciencia, y, desde luego, al tratar estos temas hay que evitar cualquier negativismo inoperante.

Hay que señalar la incomunicación entre los partidarios de las dos tendencias extremas. A ello contribuyó con mucho ese «no saber oír» al que alguna vez aludió García Calvo, a quien, significativamente, se le imputó la expresión «muerte de la Filosofía», como ya dijimos más arriba. Imputación errónea si se tiene en cuenta que García Calvo, en todo caso, habló de «Filosofía necesariamente mortal», frente a la vital, abierta y menos manipulable «actividad filosofante».

La apertura del coloquio dio paso al agónico «¿qué hacer?» de los asistentes, que, acucia-

dos por problemas pedagógicos, no sacaron demasiadas conclusiones aplicables a la práctica docente cotidiana. En esta dirección Gustavo Bueno apuntó, de alguna manera, la necesidad de establecer un catálogo de problemas prioritarios de la Filosofía. García Calvo se mostró contrario al establecimiento de conclusiones, esquemas o proyectos reformistas, que, según él, no son sino disfraces que adopta el sistema de Poder para anular la duda. La actividad filosofante, por el contrario, sólo puede desarrollarse en la siembra de dudas e incertidumbres, fomentando la desconfianza ante cualquier sistema de poder o esquema ideológico cerrado que pretenden siempre erradicar la incertidumbre. García Calvo recusó, pues, enérgicamente la Filosofía como actividad sustantiva, oponiéndose a toda sistematización de la misma.

II. Acerca de «lo abstracto» y «lo concreto». «Enseñar lo inenseñable».

El segundo día, Fernando Savater, en compañía de Jacobo Muñoz y con la mediación moderadora de Javier Muguerza, leyó su ponencia «*Enseñar lo inenseñable*», en la que se encargó de complicar astutamente el problema acerca de «lo abstracto» y «lo concreto».

La mesa redonda del día anterior dejó flotando nuevos interrogantes sobre «lo abstracto» y «lo concreto». Al angustioso «¿qué hacer?», surgido de la primera discusión, se ofrecieron dos alternativas: una, aparentemente concreta, la de Gustavo Bueno, sugirió la elaboración de listas de problemas críticos; la otra, de García Calvo, fue calificada por algunos de abstracta y etérea. Pues bien, Savater se encargó de complicar un poco más la cuestión.

Siguiendo a Hegel, Savater afirmó que «abstracto» es «lo

que se singulariza, lo que se recorta de sus implicaciones y contradicciones, lo que no está dispuesto a agotar completamente la negación que le dinamiza y se niega a reconocer su relación con el todo en el que aparece». «Concreto» sería «lo que no renuncia a ninguna de sus implicaciones ni descansa hasta agotar su contradicción, lo que pone como condición de su propia inteligibilidad el todo mismo en el que se manifiesta».

Como ejemplos típicos de la abstracción, Savater señaló esos sucesos del «aquí y ahora» que, en sí mismos, no significan nada, aunque suelen aparecer como el absoluto mismo del significado: «la manzana de ayer», «las multinacionales», «el precio de la merluza». «Lo concreto», en cambio, sería lo que se teje en las complejas interrelaciones de lo que vivimos, cosas tales como: «el bien», «el poder», «la razón», «el Estado», «la muerte»... Consecuencia: para Savater, «abstracto» es el saber manejable y enseñable, que modela, canaliza y orienta la pregunta en modo determinado; el saber que funcionaliza y esquematiza cada noticia, su causa y su consecuencia en una órbita separada, pero suficientemente accesible para que sea una herramienta de nuestro trabajo productivo en el mundo. En resumen, «abstracto» es el saber que perpetúa la sociedad científica, jerárquica, fabril y discriminadora, ya que respeta los límites convencionalmente establecidos, más allá de los cuales el conocimiento como institución se ve amenazado. «Concreta» sería esa aspiración inenseñable que, no obstante, la filosofía debe tratar de introducir en las aulas y que Savater, siguiendo a Pierre Klossowski, llamó «enseñar lo inenseñable». Terminó Savater diciendo: «Cada sistema o tratado que un pensador produce es el residuo abstracto de una ambición concreta..., que lejos de alcanzar (la ansiada) concreción la dificulta, al introducir otra doctrina y otra contradic-

ción en el conjunto de lo que sabemos. Irónico y paradójico destino del filósofo, soñar con la omnicomprensiva simplicidad de lo concreto y verse obligado a aumentar permanentemente la complejidad de las infinitas abstracciones en que nos debatimos o que utilizamos. Y sin embargo, la filosofía tiene un resultado negativo pero liberador: disuelve el pretendido 'todo' que encierra cada abstracción e impide que nos identifiquemos definitivamente con algo limitado que se presente como absoluto. No alcanza lo concreto, pero denuncia las insuficiencias de lo abstracto; reclama para el hombre la infinitud que se le escamotea y defiende nuestra radical e íntima incompatibilidad con cualquier reduccionismo a lo instrumental, teórico o práctico. Así, a su manera, lucha la filosofía porque no se nos confine en lo que no somos».

En la misma sesión que intervino Savater, Jacobo Muñoz presentó su ponencia bajo el título «¿La enseñanza de la filosofía? Balance de una experiencia». Su disertación se basó fundamentalmente en dos postulados: el primero fue una refutación de las ambiciones sistemáticas protagonizadas el día anterior por Gustavo Bueno, con base en el materialismo histórico-dialéctico, y el segundo apoyaba la distinción entre «Filosofía como producto sustentador de lo establecido» y «actividad filosófico-crítica» que había establecido García Calvo. Así, pues, Muñoz se mostró partidario de establecer una división entre el ámbito socio-político, donde la clase revolucionaria organiza sus intereses y programas políticos, y el orbe de la Filosofía, en el que se entremezclarían tendencias de todo signo con el fin de desarrollar hasta sus últimas consecuencias la tarea crítica que cualquier dogmatismo trata de esclerotizar. La aceptación de la etiqueta de «cínico» no pareció convencer excesivamente a los asistentes, que trataron de rebatir las posiciones de Jacobo Muñoz.

III. Aranzadi: «Juan de Mairena». Gómez de Liaño: «Arte de la memoria».

Siguiendo también la misma línea de oposición a la «Filosofía como producto» habló Juan Aranzadi, que centró su disertación, «*Briznas de antipedagogía espelaica en Juan de Mairena*», en el aspecto escéptico y creativo de Juan de Mairena, apócrifo de Antonio Machado, radicalmente incrédulo y antipedagogo y escasamente estudiado en nuestras aulas. El centro de la primera parte de la lectura de Aranzadi consistió en la exposición de las preocupaciones teórico-filosóficas machadianas y sus posibles relaciones con pensadores como Platón, Kant y Leibnitz. En la parte final del discurso pasó a primer plano el apócrifo Juan de Mairena, que trata de reducir toda tesis a creencia y mostró luego los impulsos latentes en toda forma de creencia. Según Mairena, el más peligroso enemigo de la verdad es la fe, «el rígido mecanismo del sí y del no». Pero la única verdad no es sino «la conciencia de la esencia de verdad». Así, pues, «si todo son creencias y no hay creencias más verdaderas que otras, tanto da decir que ninguna es verdadera como que todas lo son; lo único falso sería la pretensión de una verdad absoluta, la aspiración de cualquier idea al monopolio de la verdad». Mairena ve un exceso de confianza hasta en el socrático «sólo sé que no sé nada», y por eso puntualiza: «Cuando pienso que la verdad no existe, pienso, además, que pudiera existir, precisamente por haber pensado lo contrario, puesto que no hay razón suficiente para que sea verdad lo que yo pienso, aunque tampoco demasiada para que deje de serlo». La postura de Mairena no es «un afán de negarlo todo», sino «el único medio de defender algunas cosas», y como tal, «es más fuente de regocijo que de melancolía». No es, pues, un cansino estar de vuelta de todo, sino un alegre ir a todas las partes sin pretender anclarnos en

ninguna. Este último momento del pensamiento de Mairena, luminoso y dinámico, vendría a coincidir, aunque por distintos caminos, con aquellas otras expresiones mediante las que Savater trataba de aprender el inaprensible orbe de «lo concreto»: «La filosofía reclama para el hombre la infinidad que se le escamotea (...) «y lucha para que no se nos confine en lo que no somos.»

Aranzadi lo expresó de esta otra forma: «Cada filósofo relata su poema, cada poeta expone su metafísica; las ficciones se suceden en un mundo que ha expulsado la verdad, en un mundo cuya verdad consiste en la inagotable sucesión de sombras y apareceres.»

La incursión de la poesía en el discurso filosófico fue protagonizada por Ignacio Gómez de Liaño, que con *La psicomorfosis en el arte de la memoria de Giordano Bruno*, dio una muestra de erudición filosófica, fluidez narrativa y estilo poético. La ponencia de Gómez de Liaño supuso la inmersión del filósofo en la poesía o del poeta en la Filosofía. Lo que Aranzadi, García Calvo o Savater habían propuesto como alternativa a la Filosofía académica, esto es, «el filosofar mismo sin freno», fue llevado a la práctica en el Congreso por Gómez de Liaño. El metalenguaje —el discurso acerca de la Filosofía— y el propio filosofar se produjeron juntos en un texto lógico y a la vez disperso, poético, en un texto sugerentemente subjetivo. Coincidiendo con Mairena, («tanto da decir que ninguna creencia es verdadera como que todas lo son»), Gómez de Liaño leyó: «No será menos adecuado explicar las formas como a partir de un principio que las implica, que explicarlas a partir de un caos o distribuirlas como desde una fuente ideal, o llevarlas al acto como desde una posibilidad, o sacarlas como de un seno, o elevarlas a la luz como desde un ciego y tenebroso abismo; porque todo fundamento es bueno si es adecuado al edificio;

toda semillas es conveniente si sus árboles y frutos son los que se deseaban».

El «arte de la memoria», nacido con Simónides el griego y renovado por Giordano Bruno, sirvió de apoyo a Gómez de Liaño para circular por las estancias del pensamiento y de la materia, recordar los signos del Zodiaco, interpretar la disposición de los edificios, utilizar la imaginación, pues «es un uso sistemático de la imaginación la base de este arte», simular incluso la analogía secreta de un fenómeno para que el proceso no se detenga en su inmanencia. Así afirma Gómez de Liaño: «La psicomorfosis, mediante el arte de la memoria de Giordano Bruno, no es sólo la información de imágenes, aunque también es eso, no es sólo la con-fabulación astral de los lugares y los simulacros espectrales de las cosas, sino que es también un estudiado cálculo profético, a la manera en que resultan proféticos los recortes de diferentes textos, puestos, fuera de su contexto inicial, aleatoriamente juntos, un cálculo que hace del mundo una máquina viviente y de la consecución de la unidad divina un prodigioso artificio».

El discurso poético-filosófico de Gómez de Liaño, con su carácter ritual y hermético, confundió e impacientó a parte del escaso auditorio. Algunos trataban de adivinar significados ocultos tras el texto, otros lo interpretaban. Pero detrás del texto no había nada, no había «producto residual»; era un discurrir que se consumía en el propio acto, era como una vía, no exclusiva, de superación de la «filosofía productiva».

IV. García Calvo: «Sobre el tiempo del discurso».

La sugerente figura de García Calvo despertó la colectiva pasión filosófica de los congresistas; su antiproselitismo suscitó un auténtico y estimulante «vivir en el presente del discurso o de los discursos que allí se pergeñaron». Así, a través de una

reflexión desencadenada, las palabras de Agustín García Calvo y de los que le respondieron se evadieron de lo que él llama «tiempo especializado»; un tiempo paralizante que impide vivir el presente en aras del futuro, de un futuro imaginario que absurdamente se nos impone y nos hace concebirnos sumergidos en acontecimientos que aún no han sucedido. Su conferencia trató de oponerse de manera fáctica a esa perpetua postergación del «hoy» en nombre del «mañana», que la modernidad ha conseguido imponer en el modo de vivir, incluso en las connotaciones del lenguaje.

V. Pilar Palop: «La enseñanza de la Filosofía en Grecia»

Pilar Palop, miembro del departamento de Filosofía de Gustavo Bueno, en su ponencia analizó la posibilidad de la enseñanza de la Filosofía. Se centró en el análisis del «Protágoras» de Platón, ya que este texto plantea problemas similares a los que eran objeto del Congreso: el carácter teórico o político de la Filosofía, su semejanza o disparidad con la ciencia y con otras disciplinas, la posibilidad de enseñarla... El sofista, Protágoras, y el filósofo, Sócrates, personifican los polos de estas contraposiciones. Según Pilar Palop, Sócrates niega la posibilidad de transmitir el saber filosófico, que no puede sentar dogma ni doctrina, ya que la filosofía se basa en el diálogo dialéctico. Por otra parte, la Filosofía obtiene su «material» de otros campos: la ciencia, el arte, la actividad política. Así, en opinión de Pilar Palop, el filósofo trabaja como «un artesano de la razón», según expresión de Kant, con las ideas que suministran otras disciplinas, pero esto no significa que la Filosofía haya muerto como actividad, sino que su labor consiste en revisar las evidencias que continuamente se le incorporan.

También se examinó a lo largo de este seminario la posi-

bilidad de que la Filosofía se constituya en praxis y se rebatió la posición de Protágoras según la cual la actividad filosófica debería quedar reducida a la enseñanza de la virtud política.

* * *

Otros Seminarios y actos que tuvieron lugar paralelamente son:

- «Crítica y alternativas de los planes de estudios»,

dirigido por Agustín Santos.

- «La sindicación de los enseñantes». Alternativas sindicales que en el campo de la enseñanza ofrecen las distintas Centrales (CC OO, UGT, CNT, USO).
- «Problemas de la didáctica de la Filosofía en la Enseñanza Media», por Paco Tauste y Miguel Ángel Granada.

- «La enseñanza de la historia de la Filosofía», a cargo del «Col·lectiu d'estudis de filosofia».

El Congreso se cerró con el debate acerca del tema a tratar en su siguiente edición, que se celebrará en Burgos. De los dos temas propuestos, «El Poder» y «Poesía y libertad», por marxistas y libertarios, respectivamente, se acordó, por mayoría de votos, elegir el primero.

Fátima Penco García